



¿Por qué hacer extensión? Análisis de las reflexiones de estudiantes y graduados que desarrollan acciones de extensión universitaria.

Autores: LA FICO GUZZO, Soledad (soledadlfg@gmail.com) y HOFFERLEN, Gustavo (grh@fibertel.com.ar).

Pertenencia institucional: Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil. Universidad de Buenos Aires. Programa Integral de Acción Comunitaria en Barrios Vulnerables.

ABSTRACT

El área de Alfabetización y Apoyo Escolar del Programa Integral de Acción Comunitaria en Barrios Vulnerables que lleva adelante la SEUBE - UBA, funciona a partir del trabajo voluntario y solidario de un grupo de estudiantes y graduados de diferentes carreras universitarias. A lo largo de los tres años de desarrollo del área, se ha incrementado la cantidad de personas que manifiestan su interés en participar. A raíz de ello, comenzó a interesarnos cuáles eran las motivaciones de los estudiantes y graduados universitarios para realizar acciones de extensión universitaria de las características propuestas por el área.

Para responder a este interrogante, se planteó a los voluntarios, una serie de actividades que permitieran indagar acerca de los sentidos que para ellos tiene la participación en acciones de extensión.

La intención de esta presentación es ofrecer un análisis de las opiniones por ellos expresadas, intentando aportar elementos e ideas al debate sobre las funciones de la extensión, que sirvan como insumo para la elaboración de políticas universitarias.

CONTEXTUALIZACIÓN

En nuestro país, la educación superior universitaria de carácter público y gratuito es financiada esencialmente con recursos del Estado Nacional, y la mayoría de sus estudiantes y egresados no realiza acciones que representen una devolución a la sociedad en compensación por la formación recibida. El egresado no tiene, más allá de los códigos éticos de las diferentes profesiones, ninguna obligación de retribuir a los ciudadanos, que tributaron para sostener su formación. Sin embargo, es frecuente que tanto estudiantes como graduados sientan internamente la necesidad de contribuir, a través de la puesta en práctica de los saberes adquiridos durante su formación, al mejoramiento de las condiciones de vida sumamente precarias de importantes sectores de la población.

En el año 2008 la Universidad de Buenos Aires pone en marcha el Programa Integral de Acción Comunitaria en Barrios Vulnerables (PIACBV). Este programa busca, por una parte, dar un nuevo impulso a la función de extensión, plasmada en el estatuto de la UBA como uno de sus tres pilares, junto a la docencia y la investigación. Y por otra parte, la SEUBE se propone reeditar la experiencia de Isla Maciel, una práctica de extensión universitaria llevada adelante durante las décadas del 50 y 60, en una zona carenciada del municipio de Avellaneda (Provincia de Buenos Aires).

La Universidad identifica demandas sociales insatisfechas, y se propone hacer algo por satisfacerlas, asumiendo el compromiso a través de la Extensión Universitaria. Este compromiso es uno de los motores que impulsa el Programa Integral de Acción Comunitaria en Barrios Vulnerables.

El PIACBV se organiza en tres áreas: Desarrollo Comunal, Salud y Educación No Formal (que incluye el proyecto de Apoyo Escolar y Alfabetización).

El proyecto de Apoyo Escolar y Alfabetización se basa en el trabajo voluntario y solidario de alumnos y graduados de distintas carreras, a partir de la premisa de que no son necesarios conocimientos específicos para participar del mismo, sino que cualquier estudiante universitario cuenta con una serie de saberes y herramientas que le permitirían ayudar a otros en sus trayectorias escolares. Pensamos que, en muchos casos, los universitarios precisan un entrenamiento en las formas de transmitir esos

saberes. En ese entrenamiento, las personas que se incorporan en calidad de voluntarios, son asistidas y acompañadas por la coordinación del proyecto.

DE DEMANDAS, PREGUNTAS Y RESPUESTAS

A comienzo del ciclo lectivo se abren convocatorias a estudiantes y graduados que deseen participar del proyecto de Apoyo Escolar y Alfabetización. Se solicita a los voluntarios que puedan asumir el compromiso, durante al menos un año, de concurrir semanalmente dos horas a uno de los barrios donde la SEUBE tiene sus Centros de Extensión. La respuesta a las convocatorias fue creciendo año a año, y cada vez son más las personas que manifiestan su interés en participar del proyecto. En 2010, se debió cerrar la inscripción a los pocos días de comenzada la difusión, ya que la cantidad de interesados superó la capacidad del área de absorber la demanda (más de 300 consultas, y 100 inscriptos en 5 días).

A raíz de esto, comenzamos a preguntarnos qué es lo que moviliza a tantas personas, integrantes de la comunidad académica, a participar de un proyecto que se basa en el trabajo voluntario. ¿Quiénes son? ¿Qué experiencias como voluntarios tienen? ¿Qué los motiva? ¿Cuáles son sus intereses para querer participar? ¿Los movilizan intereses académicos, profesionales, políticos, personales?

Estas fueron algunas de las preguntas que comenzamos a formularnos al interior del equipo de formación y acompañamiento de los voluntarios. Se nos planteaba la necesidad de conocer un poco más a quienes deseaban participar, con el objetivo de perfeccionar las instancias de formación que se les ofrece. Consecuentemente, propusimos a los voluntarios una serie de actividades de reflexión, que nos permitieran indagar en sus motivaciones.

En primer lugar, les pedimos que completen un pequeño cuestionario al momento de la inscripción. En una segunda instancia, y en el marco de la capacitación previa realizamos una actividad en la que grupalmente debieron responder a tres preguntas: “¿Qué vengo a buscar?”, “¿Qué tengo para ofrecer?” y “¿Por qué trabajar en Barrios Vulnerables?”. Finalmente, les propusimos que, a partir de lo compartido en esa

actividad grupal y con algunas lecturas sugeridas, reflexionaran individualmente sobre esta última pregunta, pidiéndoles que escriban sus respuestas.

Los productos de estas tres actividades nos brindaron elementos que nos permiten construir algunas respuestas a nuestros interrogantes.

CARACTERÍSTICAS DE NUESTROS VOLUNTARIOS

Los voluntarios y voluntarias presentan gran variabilidad en cuanto a la edad. La más joven tiene 18 años, y la mayor acusa 64. Al analizar esta variable, encontramos que la mitad de los voluntarios tiene menos de 26 años, mientras que el otro 50% presenta mayor dispersión en cuanto a variable edad.

Otro dato interesante es el género de quienes participan. Sabemos que el 80% de las voluntarias son mujeres. Si bien en la UBA 6 de cada 10 estudiantes son mujeres, en el caso de Apoyo Escolar y Alfabetización la participación femenina es proporcionalmente mayor. Al tratar de explicar esta diferencia, nuestra hipótesis es que la mayor participación femenina es coincidente con la feminización de ciertas áreas laborales, como son la educación y el trabajo social y comunitario.

Las carreras de las que provienen los y las voluntarios/as son diversas. Si bien predominan claramente los estudiantes y graduados de las ciencias sociales y humanidades, se percibe una leve tendencia a la incorporación de voluntarios provenientes de las ciencias “duras”.

La gran mayoría de ellos y ellas, más del 80%, no tiene experiencias anteriores como voluntario.

LAS MOTIVACIONES DE LOS VOLUNTARIOS

A partir de lo expresado por los participantes en las instancias antes mencionadas, nos propusimos organizar la información obtenida. Para ello, construimos una serie de categorías que, de alguna manera, sintetizan los motivos por los cuales los estudiantes y graduados universitarios se interesan en realizar tareas de extensión en el área de

educación no formal. Estas categorías no son absolutas, tampoco son excluyentes, ni abarcan necesariamente todas las posiciones. Se trata solamente, de una forma de agrupar un conjunto de expresiones, buscando dar algún sentido a un material que, de otra manera, poco sumaría a la reflexión sobre la extensión universitaria.

En primer lugar, encontramos una *posición asistencialista*. Podemos ubicar entre los asistencialistas a aquellas personas que desean ayudar. Su ayuda está más ligada a la caridad que a una transformación de las condiciones de desigualdad. Su principal deseo es brindar ayuda desde una perspectiva individual. Para estos voluntarios, la solidaridad se asemejaría a un sentimiento personal, algo que es ajeno a los factores políticos y económicos.

Quienes realizan tareas voluntarias desde posiciones asistencialistas, consideran que las poblaciones con las que van a trabajar tienen una suerte de “incapacidad educativa”, un déficit de conocimientos que constituyen obstáculos para avanzar en su escolaridad. Otra de las limitaciones que presenta este grupo es que en ellos predomina una mirada asimétrica en relación con aquellos que son considerados “necesitados”. En esa relación, el que ayuda tiene certezas acerca de lo que el otro necesita, y piensa la tarea educativa como la mera transmisión de una serie de conocimientos legítimos a quienes no los poseen. El sujeto que brinda la ayuda es activo, mientras que el destinatario de esa ayuda es pasivo.

Las siguientes expresiones constituyen ejemplos de esta categoría: “...*mi motivación es poder brindar una herramienta tan importante a la gente que por diversas circunstancias no pudo tenerla...*”; “*quiero ayudar como sea a quines más lo necesitan*”; “...*deseo ayudar a que cada vez haya menos personas con “incapacidad educativa.”*”

Posiciones de este tipo corren el riesgo de que quien recibe la ayuda se vuelva dependiente de aquel que la brinda, y esto en definitiva no genera autonomía, ni permite superar las desigualdades.

Un segundo grupo de motivaciones tiene como eje central el *interés personal*. En este grupo encontramos expresiones que indican una búsqueda de caminos para canalizar otras inquietudes personales a través del trabajo voluntario. Se trata de personas que buscan capacitarse en cuestiones de voluntariado, que buscan informarse u obtener

elementos para mejorar prácticas que realizan en otros ámbitos, o bien, personas que disponen de tiempo y desean ocuparlo en acciones en las que se sientan útiles. El interés individual se antepone a los beneficios de la comunidad. Si bien es cierto que ninguna acción de voluntariado se puede encarar sin pensar en la propia satisfacción de quien la realiza, anteponer los beneficios personales obtura el pensar en beneficios globales. “*Tengo mucho interés en la docencia*”; “*Me interesa conocer la experiencia de la alfabetización de adultos*”, o “*Me interesa capacitarme en estos temas*”, son expresiones que reflejan a este grupo.

Un tercer grupo de motivaciones se refieren al *deseo de participar y generar cambios*. Se trata de personas que entienden que solamente hacer asistencialismo no es suficiente, sino que es necesario promover transformaciones en la estructura social, política y económica para resolver problemas de larga data. La intención de este grupo de voluntarios es la supresión de las desigualdades que llevan a que las poblaciones con las que trabajarán no tengan acceso a una serie de bienes y servicios (culturales, económicos, de salud, etc), a los que ellos sí accedieron y acceden.

Estas personas se comprometen con el voluntariado desde un lugar diferente: “*no quiero seguir participando desde afuera, juntando ropa, juguetes y cosas que sólo ocupan espacio en la vida de otros y que tal vez a veces se reciben como limosna*”. Ser solidarios implicaría, en esta posición “*comprometerse con aquellos que -por diferentes motivos- no han tenido las mismas oportunidades*”. La diferencia con el primer grupo radica básicamente, en el reconocimiento de una situación de injusticia, que coloca a determinados sectores de la población en condiciones de vulnerabilidad.

Quienes se inscriben en esta categoría conceden una importancia fundamental a la educación para el cambio social, y consideran que a través de ella pueden “aportar su granito de arena”. En relación a los saberes, se proponen el desarrollo de competencias y habilidades en aquellas poblaciones a las que llegarán con el voluntariado. Entienden que las soluciones a los problemas de los sectores más postergados de la sociedad sólo surgirán a partir del trabajo codo a codo con ellos, y no como resultado de acciones individuales de tipo caritativas. Critican la sociedad y pueden explicar las causas de muchos de sus problemas. Confían en la educación como el más importante motor para la transformación social, pese a lo relativo que resulta esta afirmación. Esperan que los

sujetos a los que eduquen lleguen a problematizar la situación en la que viven, puedan criticarla y actuar sobre ella para modificarla.

Esta posición tiene un punto débil. Al igual que el primer grupo, estas personas no se proponen una revalorización de los saberes del otro. Pero además, creen saber lo que los sectores más vulnerables necesitan para superar su condición. El riesgo que corren quienes se enmarcan en esta posición, es pretender llevar a los sujetos a quienes dirigen su acción educativa una determinada visión del mundo, con la esperanza de que la recibirán pasivamente.

Y por último, encontramos un grupo de personas que buscan, a través de la extensión, *vincular la universidad con la sociedad*. En este grupo ubicamos a aquellos que entienden que la universidad debe formar profesionales socialmente comprometidos. Para estos voluntarios, la participación en actividades de extensión es una forma de devolver a los sectores postergados (que son quienes proporcionalmente más aportan, mediante el pago de impuestos directos como el IVA, a la universidad pública), una parte de lo aprendido, como forma de retribución.

Estas personas sostienen que la universidad ofrece una formación sumamente teórica, y sin vinculación con las necesidades de los sectores que no acceden a la educación superior. Expresiones tales como *“hay que salir del tupper”*¹ dan cuenta de una demanda a la universidad: el proyecto institucional debería contemplar la producción de conocimientos tanto teóricos como técnico-metodológicos que den respuesta a los problemas de los sectores más vulnerables. Esta posición es la que más se acerca a la idea reformista de la función social de la universidad, que entiende que *“la practica universitaria debe desarrollarse en contacto permanente con el medio social y en especial con los sectores populares”* (Brusilovsky, 2000).

En relación al conocimiento, esta posición incorpora un elemento que la diferencia de las anteriores. A través de la práctica, busca no sólo enseñar, sino también aprender. *“...creo que es una actividad muy interesante, de la cual puedo aprender muchas cosas que la carrera no me brinda”*.

¹ *“salir del tupper”*: expresión coloquial que refiere a salirse de la burbuja cómoda en donde uno está acostumbrado a vivir desde que nació y conectarse con el resto de la sociedad.

En esta posición hay una búsqueda de traspasar los muros del conocimiento científico. El riesgo que se corre es que la salida de la universidad de sus propios muros sea entendida como una entrega, a modo de una donación, de unos saberes que unos sujetos que se encuentran entre los muros universitarios llevan a aquellos que están fuera de la universidad, sin que se produzca un cuestionamiento de esos saberes.

A MODO DE CIERRE: ALGUNOS DESAFÍOS, ALGUNAS PROPUESTAS

Uno de los elementos que, a nuestro juicio, no podemos desconocer, es que el crecimiento del interés en participar de acciones solidarias se produce en un contexto de proliferación de organizaciones de la sociedad civil. Esto ocurre en simultáneo al corrimiento del Estado y la caída en descrédito de los partidos políticos tradicionales, que eran, hasta hace algunas décadas, espacios “naturales” de participación. Las acciones llevadas adelante desde estas organizaciones institucionalizan diversas modalidades de acción orientadas a contribuir a la satisfacción de una serie de necesidades sociales, y a la defensa de los derechos de sectores particulares de ciudadanos. Así como muchas organizaciones supieron visualizar y canalizar unas demandas de participación, entendemos que hoy la universidad no puede quedar al margen de este proceso.

Sin embargo, la universidad debe evitar transformarse en una organización social más. La universidad está llamada a cumplir un rol social fundamental en la formación de profesionales comprometidos con su comunidad, que sean capaces de dar respuesta a los problemas sociales de su tiempo.

Las variadas motivaciones de los estudiantes para participar de acciones solidarias nos obligan a pensar en la necesidad de ampliar la oferta de propuestas de extensión. Por una parte, en un clima donde el proyecto de incorporar las prácticas solidarias a la formación de grado resuena con fuerza en nuestro país, se corre el riesgo de que las mismas se vuelvan un mero requisito formal con el que los estudiantes se ven obligados a cumplir de manera rutinaria, tal como sucede en algunos casos con los créditos de campo e investigación, niveles de idioma o computación, etc. Para evitar que esto suceda, a nuestro entender, es fundamental que las universidades sensibilicen y motiven

a sus estudiantes para que realicen las prácticas de extensión, en íntima conexión con los conocimientos y habilidades que adquieren en los espacios curriculares.

Asimismo, es indispensable hacer explícitos los motivos por los que este tipo de acciones son, no solo necesarias, sino que responden también a un criterio de justicia distributiva. En ciertos casos, también sería deseable que las universidades ofrezcan un marco institucional al desarrollo de acciones solidarias surgidas de y gestionadas por los propios estudiantes.

Además de una necesaria sensibilización, es fundamental que los estudiantes sean acompañados y orientados en las prácticas de extensión por profesionales reconocidos tanto en su área de conocimiento como en el compromiso con los sectores históricamente postergados. Este acompañamiento es central para establecer fuertes vínculos entre teoría y práctica, elemento fundamental de la extensión universitaria.

La clasificación y caracterización de las motivaciones que presentamos en este trabajo tiene como objetivo ser una muestra de elementos a considerar al momento de planificar acciones de extensión. Estos son, a nuestro entender, factores que los responsables de proyectar y ejecutar políticas de extensión universitaria deben tener en cuenta, para aprovechar elementos que ya están presentes en los estudiantes, pero que es imperioso repensar críticamente, y así incentivarlos e invitarlos a formar parte de las acciones de extensión.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

BOMBAROLO, F. (2002). “*El fortalecimiento de la participación ciudadana frente a los retos de la desigualdad social.*” Documento preparado en el marco del programa “América Latina 2020”, de la Red Europea de ONGs RECAL.

BRUSILOVSKY, S. (2000). *Extensión universitaria y educación popular. Experiencias realizadas-debates pendientes.* Buenos Aires: Eudeba.

FREIRE, P. (2007). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural.* México. Siglo XXI editores.

FRONDIZI, R. (2005). *La universidad en un mundo de tensiones. Misión de las universidades en América Latina.* Buenos Aires: Eudeba.

MINISTERIO DE EDUCACION. (2009) *Educación solidaria. Itinerario y herramientas para desarrollar un proyecto de aprendizaje-servicio.* Buenos Aires.

PORTANTIERO, J. C. (1987). *Estudiantes y política en América Latina 1918-1938 el proceso de la Reforma Universitaria.* México D. F.:Ed. Siglo XXI.

SHAW DE CRITTO, S. y KARL, I. (1998). *Voluntariado una forma de hacer y de ser.* Buenos Aires. Ediciones Ciccus.